

### ERNESTO SÁBATO Y LA IMAGEN DE INTELECTUAL EN LA COYUNTURA POSPERONISTA

---

María Celia Vázquez\*  
U.N.S.

#### Sur, peronismo y después

En el relato de la trayectoria literaria personal que Ernesto Sábato construye a lo largo de la vida, a la deuda intelectual que contrajo con el grupo Sur durante los años de iniciación y formación literaria sin duda le corresponde un papel destacado; en reiteradas declaraciones y entrevistas, la frecuentación del grupo en general y de Borges en particular son ponderadas por el escritor como factores decisivos en los orígenes de su carrera literaria. En la década del '40 y de la mano de Pedro Henríquez Ureña, Sábato “llega” a colaborar en la revista, digo llega en el sentido de alcanzar una meta, mediante notas y comentarios de crítica literaria, y a participar como invitado de múltiples reuniones y tertulias en la casa de Victoria Ocampo, donde no sólo experimentó la felicidad que procura el intercambio intelectual sino también cierto complejo de inferioridad. Pero, a partir de septiembre del 55, se abre una coyuntura de feroces duelos intelectuales y de evidentes distanciamientos, en la que declaraciones de admiración y gratitud como “Sur fue mi universidad” y “se ven sus huellas (en referencia a la influencia de Borges) claramente en mi primer libro” parecen quedar en el pasado.

Es que el escenario político abierto en septiembre de 1955, por el golpe autodenominado Revolución Libertadora que derroca al Gral. Perón, significa para la mayoría de los intelectuales el alivio que representa el fin de la “pesadilla de la tiranía”, pero también y no menos significativamente el asedio de un conjunto de interrogaciones en torno tanto al hecho peronista como al papel que deben asumir en la nueva coyuntura nacional. Mientras los gobiernos de Perón no habían dejado ningún margen para la duda respecto del rotundo rechazo que exigía un régimen político como aquél, al que ellos percibían como

---

\* [mariaceliavazquez@bvconline.com.ar](mailto:mariaceliavazquez@bvconline.com.ar)

autoritario y corrupto y, en consecuencia, la posición antiperonista había funcionado como un factor aglutinante que permitió afianzar un sólido consenso, la caída del enemigo en común, paradójica, o quizás, previsiblemente trajo consigo la sombra de las divergencias. Entonces, ante un presente “democrático” que se asume como dramático y se formula bajo los términos de una “encrucijada histórica” planteada a partir del dilema acerca de – para decirlo con las palabras de la revista *Sur* – cómo alcanzar “la reconstrucción nacional”–, se despliega un escenario de discusiones y debates en torno al pasado inmediato y al porvenir de la nación. Como advierte Oscar Terán, “(l)as disímiles interpretaciones del peronismo dentro del mismo campo político-cultural asumieron incluso características de duro enfrentamiento” (Terán, 1986:224); pensemos, si no, en el breve duelo que protagonizan Ezequiel Martínez Estrada, Jorge Luis Borges y Ernesto Sábato en el año 56, donde mediante un violento juego de acusaciones cruzadas se abre una brecha entre posiciones irreconciliables, bajo las cuales parecen quedar sepultadas las afinidades hasta entonces compartidas. Como es sabido, Sábato junto a Martínez Estrada se destacan como los pioneros en la tarea de fisurar el frente homogéneamente antiperonista y en la de distanciarse, al romper filas con el grupo *Sur*, de lo que hasta entonces había sido su círculo literario.

La coyuntura posperonista abre un espacio de confrontaciones y rupturas que implican inevitables desplazamientos tanto en el campo intelectual como en el político. Las estrategias que diseñan estos corrimientos y reposicionamientos pueden rastrearse a través de las diversas imágenes de escritor que se construyen en los textos del período. Como advierte María Teresa Gramuglio, las figuras de escritor que éstos construyen en sus textos no sólo proyectan autoimágenes, antiimágenes o contrafiguras de sí mismos, sino que además plantean cuestiones relativas a

“cuál es el lugar que piensan para sí en la literatura (en relación con los pares escritores contemporáneos y con la tradición literaria en general) y en la sociedad, es decir, la vinculación con aquellas instancias que en un sentido estricto se puede llamar extraliterarias, funcionalmente ligadas a lo literario pero regidas por otras lógicas: las luchas culturales, la vinculación con los sectores sociales dominantes o dominados, con los mecanismos del reconocimiento social, con las instituciones políticas y con los dispositivos del poder”. (Gramuglio, 1988:4)

La imagen de intelectual que Sábato construye en los ensayos políticos del período posperonista, un corpus de discursos panfletarios que incluye la polémica con Borges pero también la excede,<sup>1</sup> es el objeto de este trabajo; así como los mecanismos retóricos tendientes a lograr el reconocimiento social, y las disputas que se promueven, explícita o implícitamente, a través de las diversas estrategias relativas al *ethos* del enunciador mediante las cuales se garantiza la autoridad intelectual y política necesaria para legitimar las intervenciones propias en el debate en torno al peronismo, y en cuyo nombre inversamente se deslegitima a los adversarios. Por último, como la imagen de sí mismo siempre se construye en términos relacionales, analizaré el espacio de enunciación dicotómico sobre el que se estructura la figura de intelectual a partir de dos campos enfrentados (el propio vs. el de los otros) en relación a los cuales Sábato, además de tomar posición, redefine a los adversarios.

### **Figura y contrafiguras en un espacio de controversias**

En el comienzo de *El otro rostro del peronismo*, Sábato se invoca como un intelectual. En principio lo hace para diferenciarse del político en sentido estricto que es Mario Amadeo, el destinatario explícito de la polémica escrita bajo la forma de carta abierta; en el espacio dicotómico Sábato vs. Amadeo, el escritor apela a la condición de intelectual como un rasgo diferencial “no soy político como usted”, pero inmediatamente aclara que la diferencia no debe entenderse en términos político/apolítico, ya que – en tanto intelectual – él también es político, aunque lo sea en un sentido distinto, el que se corresponde, según su propia definición, con “un sentido amplio y primigenio de la palabra”. Si no en la política, entonces la diferencia radica en los modos de vincularse con ella; en la estela de la tradición de Julien Benda, Sábato invoca para sí la figura del intelectual como la de un hombre de ideas y pensamiento que consagra su vida a los valores trascendentes (la verdad, la

---

<sup>1</sup> Los textos de este período son : *El otro rostro del peronismo; carta abierta a Mario Amadeo*; “Una efusión de Jorge Luis Borges”, “Sobre el método histórico de Jorge Luis Borges”; el conjunto de textos que conforman *El caso Sábato*, que, incluye junto a la Carta abierta al Gral. Aramburu, otros referidos al *affaire* de la renuncia de la dirección de Mundo Argentino. Si bien, en el análisis me ciño a los tres primeros, las tesis sobre la construcción de la figura de intelectual también se aplican al tercero, al que, por razones de tiempo y espacio, decidí no incluir en la ponencia.

justicia) sin renunciar a la política pero sí a los intereses sectoriales, partidarios e incluso personales. En cambio, el autor de *Ayer, hoy y mañana*, aun cuando es capaz de elaborar una interpretación del peronismo lúcida y valiente, como lo demuestra en el libro, interviene en la coyuntura posperonista conforme y a favor de los intereses políticos del grupo nacionalista católico al que pertenece y representa. En definitiva, siguiendo este esquema, lo que marca la diferencia entre Amadeo y Sábato es el modo partidario/interesado o trascendente/desinteresado de vincularse con la política. En este punto, entonces, la condición de intelectual funciona como argumento de autoridad que garantiza el carácter independiente y trascendente de las intervenciones de Sábato como intelectual.

El desinterés como un valor que define la actitud ética del intelectual en el contexto posperonista se refiere tanto al campo ideológico-político como al dominio económico y material. Un dato que Sábato enfatiza en la construcción de su imagen de intelectual desinteresado es precisamente la renuencia a obtener y aceptar cargos públicos; en este aspecto, la imagen de Sábato se asemeja a la que construye de sí Martínez Estrada, quien se invoca como un escritor en la miseria pero moralmente intachable en lo que se refiere a aceptar prebendas de cualquier de tipo. En este punto la contraimagen está representada por la mayoría de la *intelligentsia* que se ha visto beneficiada de diversas maneras durante el gobierno de la Libertadora. Repárese en la similitud que existe entre la actitud condenatoria de Sábato y la de Martínez Estrada: Sábato dice “Tal vez por eso nunca tuve cargos oficiales – fuera de mi cátedra que gané por oposición –. Ni antes del peronismo, ni durante su régimen, ni a su caída (cuando es tan fácil y aparentemente tan honorable tenerlos)” (Sábato, 1957:88); por su parte, Martínez Estrada: “Hablemos hoy de algunos tráfugas de la buena causa, eunucos y lacayos de los poderosos, en cuyo servicio viven no gratuita ni honorablemente, por cierto” Cobran su vileza y lo triste es que haya quien se lo paga y con dinero del pueblo. (Martínez Estrada, 1956:I) Recordemos además que la injuria “turiferario a sueldo” que el autor de *Radiografía de la pampa* arroja contra Borges en el marco

de la polémica alude al nombramiento en el cargo de director de la Biblioteca Nacional durante el gobierno de facto.<sup>2</sup>

La imagen bendiana de intelectual consagrado a los valores trascendentes, pero no por eso ajeno a los dilemas de la política, que invoca para sí Sábato no sólo le sirve para diferenciarse de Amadeo sino también para introducir el tema de “la cuestión política” entre los deberes ineludibles de la *intelligentsia*, en relación con el cual, como veremos, abre un nuevo espacio opositivo, esta vez al interior del campo intelectual: “como intelectual argentino no sólo tengo el derecho de discutir sobre este tema sino que, como implicado en el grave momento de nuestra patria, tengo el deber de hacerlo” (Sábato, 1956:9); desde esta perspectiva, la figura de intelectual se asimila a la del escritor comprometido, cuya contraimagen es la de escritor puro encerrado en su torre de marfil, caracterización que Sábato personifica en la figura de Borges, aunque podría ser extensiva al grupo Sur en su conjunto. En los ensayos del duelo con Borges,<sup>3</sup> se desarrolla el espacio dicotómico intelectual=escritor comprometido vs. escritor químicamente puro, lugares que ocupan Sábato y Borges respectivamente. Con el objeto de ajustar cuentas y refutar las acusaciones, sin duda, triviales, cuando no falsas, que Borges le hiciera para reprocharle una actitud oportunista (electoralista) y filoperonista, Sábato se dispone a puntualizar sus intervenciones públicas en contra de la tortura (la adhesión con su firma a la solicitada que denuncia la muerte de los estudiantes en 1945 y la publicación de las torturas de los presos peronistas bajo el gobierno de Aramburu), y a exponer las consecuencias que ha debido sufrir a causa de estas intervenciones (la cesantía en su cargo de profesor universitario y la renuncia de la dirección del semanario *Mundo Argentino*, respectivamente). Mediante estos testimonios ciertos además de responder a las falsas acusaciones, refuerza el carácter de escritor comprometido al demostrar que esta actitud, en su caso, cuenta con una dilatada y coherente trayectoria, a diferencia de lo que ocurre

---

<sup>2</sup> Nos referimos al reportaje a Ezequiel Martínez Estrada, “Grandeza y miseria de los escritores”, publicado en *Propósitos*, n° 135-137; 26 de junio, 3 y 10 de julio de 1956.

<sup>3</sup> Los textos de la polémica son: Jorge Luis Borges, “Una efusión de Ezequiel Martínez Estrada”, la respuesta de Sábato “Una efusión de Jorge Luis Borges”, a la que Borges le responde con “Un curioso método” y, por último, la respuesta de Sábato “Sobre el método histórico de Jorge Luis Borges”. El primero se publica en *Sur*, el resto en *Ficción*.

en el caso de Borges, cuyas intervenciones son esporádicas y excepcionales. Irónica aunque elípticamente, al comienzo del ensayo “Una efusión de Jorge Luis Borges”, Sábato ya le había reprochado la habitual indiferencia que demuestra ante las circunstancias históricas, políticas y sociales por las que atraviesa la Argentina: “Para desdicha, y también para bien, doce años de violencias y humillaciones han sacudido nuestros espíritus y todos hemos redescubierto nuestro animal político; también Jorge Luis Borges, a su manera” (Sábato, 1956b:80) Al final, ya sin ironías ni elipsis, le señala el grave error en el que incurre, casi una infamia, cuando excepcionalmente toma posición en el período posperonista para manifestar públicamente su apoyo incondicional a la Revolución Libertadora, ya que lo hace movido por su feroz antiperonismo, alimentado por el odio y el desprecio que siente por el pueblo, pasiones negativas que lo alejan de la verdad y lo arrastran a la ceguera y la incompreensión histórica. Precisamente, en este punto, se concentra el contenido político de la polémica, ya que Sábato – al igual que Martínez Estrada – intenta encontrar una explicación histórica del peronismo, lo que resulta inaceptable para Borges, para quien nada debe explicarse porque sólo existe “el evidente Perón”, por lo tanto, “los comentarores del peronismo” (así los llama para injuriarlos), más que explicar y justificar, estarían elogiando indirectamente al “tirano”.

Si bien el tema político es sustancial en la discusión, en la medida en que Sábato – cuando se refiere a Borges como un escritor refinado y a su literatura como “juegos de ingenio” – lo hace para estigmatizar ambos modelos, su intervención no se circunscribe al terreno político, sino que se extiende también al campo literario. Mediante estas estrategias de descalificación apunta a reposicionarse en el campo literario, un espacio al que representa en proceso de transformación en correlación con las transformaciones sociales producidas en la Argentina:

“Hace muchos años, en tiempo bastante más fácil y feliz, cuando escritores argentinos podían dedicarse a hermosos *jeux d'esprit* sin el sentimiento de culpa que probablemente sientan hoy. (...) Los tiempos han cambiado. Para desdicha y también para bien...” (Sábato, 1956b:80)

Según este esquema, tanto el paradigma de escritor que representa Borges como el tipo de literatura que lo identifica resultarían anacrónicos en el marco de la coyuntura abierta en la Argentina a partir de la emergencia del peronismo, un escenario en el que, según sugiere Sábato, los modelos de refinamiento, ingenio e inteligencia pura resultan por banales, caducos, en tanto “la gravedad de la hora” impone un giro en la literatura y una redefinición de la función de los escritores, quienes deben mostrarse capaces de asumir las responsabilidades que les exige el dramático momento histórico, es decir, un modelo acorde al que representa Sábato, quien a los rigores bibliográficos – “(n)o son frases textuales de Borges (no tengo ahora tiempo para buscarlas)” (Sábato, 1956b:80) – antepone la urgencia de salir a responder a falsas acusaciones que distorsionan la verdad. Recordemos que inicialmente el duelo es entre Borges y Martínez Estrada, y que Sábato decide salir al cruce de las acusaciones porque se siente involucrado en el debate por haber publicado *El otro rostro del peronismo* y por el affaire que protagoniza en *Mundo Argentino* en relación a la denuncia de las torturas durante el gobierno de Aramburu y Rojas. En el juego de contrapunto entre imágenes de escritor que monta Sábato, la urgencia de escribir como figura alegórica del compromiso se opone al diletantismo lúdico y libresco de su adversario. En consecuencia, y siguiendo esta línea argumentativa, la figura del escritor comprometido con la que se identifica el autor de *El túnel* se adaptaría mejor a las condiciones presentes y del porvenir, un horizonte en el cual el modelo que encarna Borges no tendría vigencia.<sup>4</sup> En este mismo sentido, pueden leerse las reflexiones sobre la novela argentina que intercala en *El otro rostro del peronismo*, en las cuales resulta evidente el guiño autorreferencial mediante el cual propone un lugar paradigmático para su poética narrativa. El afán de construirse, de ganarse un lugar significativo en el campo de las letras argentinas no le pasó inadvertido a un ensayista de la época, como Agustín Ferraris, quien, entre otros cargos, le reprocha ser “propagandista de otros libros suyos”. (Ferraris, 1957:126) Por su parte, Carlos

---

<sup>4</sup> Carlos Altamirano se refiere a las sugerencias de Sábato respecto del anacronismo de Borges de la siguiente manera: “Ahora bien, Borges, ese escritor asociado con el pasado, sobre cuyos aspectos oprobiosos había guardado silencio, y que se irritaba y perdía toda compostura ante los hechos del presente ¿podía ser el escritor de la nueva Argentina, la de las chimeneas y las masas?” (Altamirano, 2001:45)

Altamirano, más recientemente y ya no en un registro polémico sino analítico, propone la tesis de que la controversia sobre el peronismo le ofreció a Sábato la oportunidad de reunir en una misma impugnación el cuestionamiento político con el cuestionamiento literario; “por el modo en que encaró la polémica fue evidente que Sábato no sólo buscaba impugnar las opiniones políticas del autor de *Ficciones*, a quien se consideraba ya como el primer escritor de la Argentina. (...) (Altamirano, 2001:44) Sin embargo, Altamirano inmediatamente advierte que

“sería desatinado, obviamente, invertir las cosas y reducir la polémica entablada a propósito de la cuestión peronista a simple pretexto para librar un combate por las posiciones de autoridad en el campo literario.” (Altamirano, 2001:45)

En efecto, como se dijo, el motivo central, no sólo de la polémica con Borges, sino del conjunto de los ensayos es la cuestión peronista, la que, como veremos, juega un papel decisivo en la construcción de la imagen de intelectual.

### **Todos somos Perón: inculpación y autocrítica**

Dos son los ejes argumentativos sobre los que vertebra Sábato su reinterpretación del peronismo: la reivindicación de “un pueblo insurrecto” largamente postergado que, por fin, encuentra un líder, aunque corrupto y cínico, que atiende a sus intereses y la responsabilidad colectiva que tiene la sociedad argentina en su conjunto por haber permitido esta larga historia de postergaciones e inequidades en torno a “la masa obrera”, situación que creó las condiciones de posibilidad para la emergencia y consolidación del peronismo. Dentro del colectivo sociedad argentina, Sábato incluye a los intelectuales como un sector relevante y subraya el papel de enorme responsabilidad que les cabe en tanto hombres de pensamiento. El tópico de la responsabilidad de la inteligencia resulta una pieza clave en el proceso de autfiguración porque en relación a él se definen los matices peculiares que identifican la imagen de intelectual construida en el marco del resquebrajamiento del consenso antiperonista. La autocrítica y la condena al purgatorio del resto de la *intelligentsia* son las estrategias escogidas para reafirmar su autoridad ética e incluso adjudicarse un rango de superioridad sobre el resto



de los intelectuales. En este trabajo por razones de tiempo y espacio sólo tendré en cuenta la autocrítica.

La autocrítica consiste en la revisión de la posición asumida ante el peronismo durante los gobiernos de Perón; Sábato acepta haberse equivocado con la actitud de rechazo intolerante que le impidió comprender la naturaleza compleja del hecho peronista, a la vez que deja bien en claro, a través del uso de la forma pronominal (el nosotros inclusivo), que se trata de una responsabilidad compartida con la mayoría de los intelectuales y partidos políticos, y no de una limitación personal

“La mayor parte de los partidos y de la *intelligentsia*, en vez de intentar una comprensión nacional y de desentrañar lo que en aquel movimiento confuso había de genuino, de inevitable y de justo, *nos habíamos entregado* al escarnio, a la mofa, al *bon mot* de sociedad. Subestimación que en absoluto correspondía al hecho real...”  
(Sábato, 1956:40)

Como puede verse en estas citas, la autocrítica, aunque incluye cuestiones políticas, hace foco en la dimensión moral; mientras el argumento político que cuestiona la identificación del régimen peronista con los totalitarismos europeos está presentado de una manera elusiva e indirecta, apenas insinuado en el reproche de no haber ensayado “una comprensión nacional”, el argumento de la caída moral en el escarnio y la mofa, en cambio, nos golpea con violencia mediante la acumulación de términos injuriosos como escarnio, mofa, insultos, burlas. De idéntica manera, son interpretados a la luz de razones más morales que políticas, el peronismo y el antiperonismo.

“Si es cierto que Perón despertó en el pueblo el rencor que estaba latente, también es cierto que los antiperonistas *hicimos* todo lo posible para justificarlo y multiplicarlo, con nuestras burlas y nuestros insultos.” (Sábato, 1956:137)

Al comienzo de *El otro rostro del peronismo* Sábato expone el argumento del resentimiento social como resorte fundamental del peronismo, un lugar común en las interpretaciones de la época, las que, por lo general, tienden a superponer, del mismo modo que lo hace él, la dimensión moral sobre la política. Siguiendo esta línea interpretativa, en los momentos de mayor intensidad retórica sustituye la palabra responsabilidad por culpa y desplaza las

reacciones del ámbito analítico al de las emociones; por eso, en lugar de reflexionar, se avergüenza, sufre y llora.

“muchos de nosotros estábamos ya avergonzados de ser argentinos, avergonzados hasta el dolor y el llanto. Ya que, al fin, como cada hombre tiene después de cierta edad el rostro que se merece (puesto que ha sido construido no solamente con su carne y su sangre sino con su espíritu, con sus valentías y cobardías, con sus grandezas y sus miserias), cada nación tiene también el rostro que inmanentemente se merece, pues todos somos culpables de todo y en cada argentino había y hay un fragmento de Perón.” (Sábato, 1956:34)

La autocrítica traza una trayectoria ética, que va desde la autoincriminación de la caída moral y el reconocimiento de la culpa colectiva hasta la reparación ética que implica recuperar la comprensión de la verdad histórica y el sentido de justicia. Al final del recorrido, cuando se llega, como lo logra Sábato, se alcanza la superioridad moral que le permite además de reconocer los propios errores, aliviar de responsabilidad inclusive al peor enemigo: “en cada argentino había y hay un fragmento de Perón”.

La comprensión de la verdad histórica lo lleva a corregir la interpretación del peronismo: mientras hasta el 55 sólo había podido reparar en los aspectos negativos del régimen y de su conductor, a partir de su derrocamiento, empieza a reconocer las diferencias que existen entre la ignominia del dictador y las razones históricas que tiene el pueblo para seguirlo); el elevado sentido ético a no hacer ninguna concesión al gobierno de Aramburu, aunque haya “liberado” de la pesadilla. Precisamente alrededor de estas dos cuestiones (el contenido histórico y social del peronismo y la claudicación ética del gobierno de la libertadora) gira el debate con Borges, quien, por su parte, rechaza de plano tanto la autocrítica respecto del peronismo (el régimen de Perón es abominable, criminal y una ilusión cómica), como cualquier crítica del gobierno de Aramburu (“la revolución fue un acto de justicia y (...) el gobierno de esa revolución merece la amistad y la gratitud de los argentinos” (Borges, 1956:173); y además justifica las torturas “Aramburu y Rojas podrán estar a veces equivocados pero nunca serán culpables”. (Borges, 1956:173)

Resulta interesante cómo Sábato mediante un ejercicio de dialogismo representa las dos posiciones exponiendo, o mejor, recreando sus propios argumentos pero como si fueran enunciados por Borges, es decir, desde la

perspectiva ideológica que rechaza (“nada”) cualquier atisbo de comprensión de los sectores populares, la solidaridad con las víctimas de la tortura a excepción de las ejecutadas por los gobiernos de Perón y el antiimperialismo.

“Nada de explicaciones y justificaciones, pues: ¡leña! ... Nada de afirmar que ‘todos de alguna manera, somos Perón’. En cuanto a la justificación histórica del peronismo, o la discriminación de la parte de verdad que asistió al pueblo insurrecto – aunque fuera conducido por un siniestro demagogo –, al reconocimiento de su trágico desamparo durante tantos años de quebrachales y frigoríficos y yerbales – sin que Borges se ocupara de ellos en *Sur*; en cuanto a los obreros y estudiantes que muchos años antes de Perón sufrieron cárcel, tortura y muerte por levantarse contra la injusticia social o por la enajenación de la patria o los consorcios extranjeros; en cuanto a todo eso nada más que anatema o infamia.” (Sábato, 1956b:82)

Aunque los argumentos esgrimidos, en este caso, son políticos, el juicio y la condena siguen siendo morales (por no poseer “la suficiente grandeza espiritual” los alcanzará la infamia). La contienda sin duda la gana Sábato, al éxito contribuyen de manera pareja el hecho de que efectivamente su posición ideológica y política resultan más aceptables, menos recalcitrantes que las de su ocasional adversario, y la eficacia retórica con la que se auto-representa mediante la imagen de un intelectual de ética ineludible, cuya construcción como sabemos no abandonó en ningún momento de la trayectoria literaria y de su vida, hasta lograr instituirse en la figura que representa “la moral de los argentinos”.

## BIBLIOGRAFÍA

- Altamirano, Carlos, *Peronismo y cultura de izquierda*, Buenos Aires, Temas Grupo Editorial, 2001.
- Borges, Jorge Luis, “Una efusión de Ezequiel Martínez Estrada”, en: *Borges en Sur*, Buenos Aires, Emecé, 1998, pp. 173-175.
- Ferraris, Agustín, *Pido la palabra; Contestando a Ezequiel Martínez Estrada*, Mario Amadeo y Ernesto Sábato, Buenos Aires, Capricornio, 1957.
- Gramuglio, María Teresa, “La construcción de la imagen”, en: *Revista de lengua y literatura*, Neuquén, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Comahue, n°4, nov. 1988, pp. 3-16.
- Martínez Estrada, Ezequiel, “Grandeza y miseria de los escritores”, en: *Propósitos*, n° 135-137; 26 de junio, 3 y 10 de julio de 1956.
- Sábato, Ernesto, *El otro rostro del peronismo; Carta abierta a Mario Amadeo*, Buenos Aires, Imprenta López, 1956.

-----, Ernesto, “Una efusión de Jorge Luis Borges”, en: *Ficción*,  
Buenos Aires, n° 4, nov-dic 1956b, pp. 80-82.

-----, “Sobre el método histórico de Jorge Luis Borges”, en: *Ficción*,  
Buenos Aires, n° 7, may-jun 1957, pp.86-89.

Terán, Oscar, *En busca de la ideología argentina*, Buenos Aires, Catálogo, 1986.